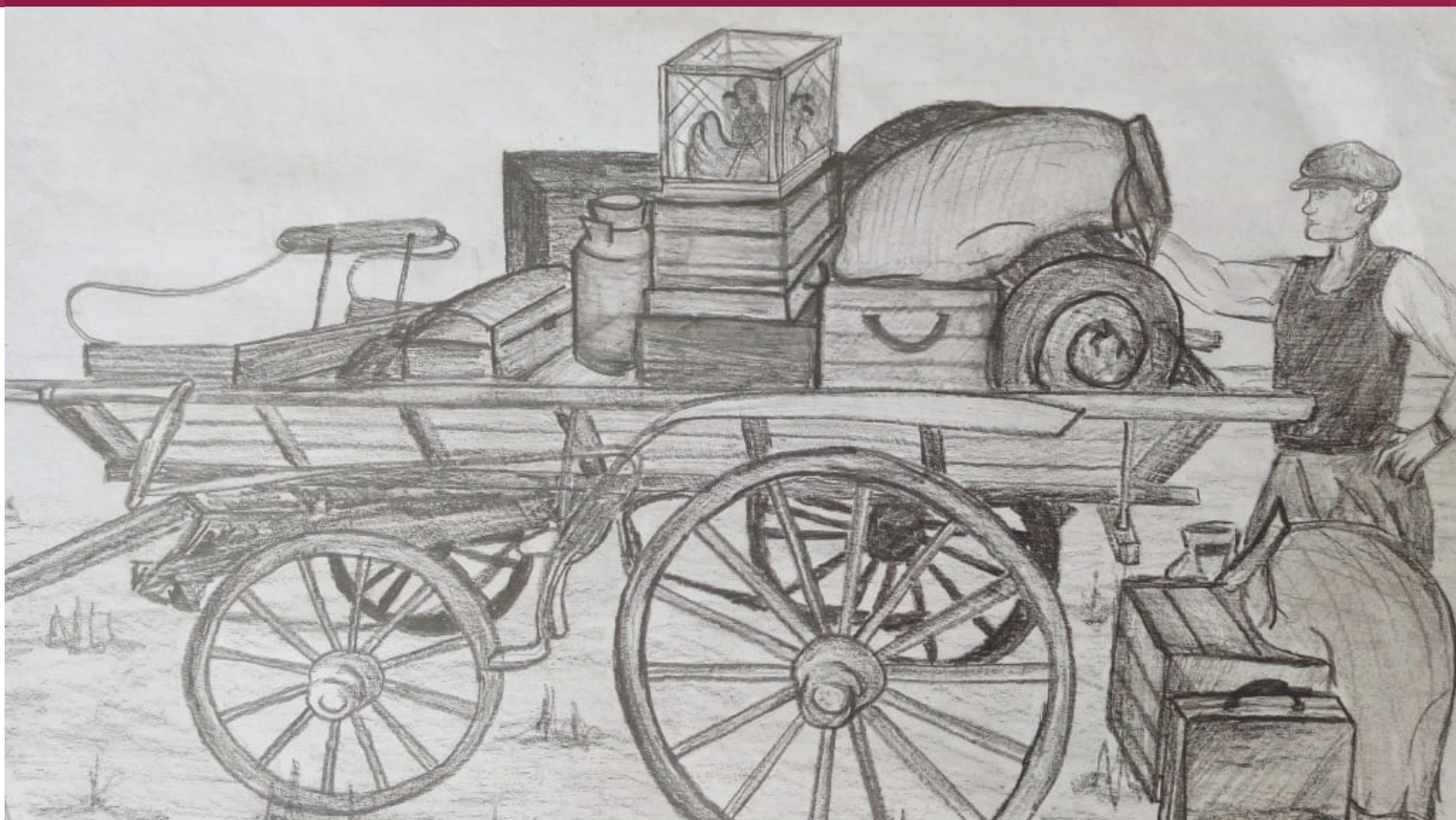


COLECCIÓN HISTORIAS
DEL SUDOESTE BONAERENSE

MÓNICA INÉS RESER
ALEJANDRO ERNESTO ZANGRÁ

LA TIERRA PROMETIDA

UNA HISTORIA DE LOS ALEMANES DEL VOLGA AL SUR DEL RÍO COLORADO



Universidad
Provincial del Sudoeste
Promoviendo el Desarrollo Armónico de la Región



EdiUPSO
Editorial de la Universidad
Provincial del Sudoeste

Zangrá, Alejandro Ernesto

La tierra prometida : una historia de los alemanes del Volga al sur del Río Colorado /
Mónica Inés Reser; Alejandro Ernesto Zangrá - 1.ª ed. - Bahía Blanca: EdiUPSO, 2019.
Libro digital, PDF - (Historias del sudoeste bonaerense / Tedesco, Marcelo C.)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-46769-2-4

1. Historia Regional. 2. Historia Argentina. I. Reser, Mónica Inés. II. Título.
CDD 982



Universidad Provincial del Sudoeste. Provincia de Buenos Aires. Argentina
Sede central: San Martín 415, Pigüé - Telefax: (02923) 475693 - pigue@upso.gba.gob.ar
Sede Administrativa: Ciudad de Cali 320 (B8003FTH), Bahía Blanca
Tel.: (0291) 4592550 - Fax: (0291) 4592551 - info@upso.edu.ar - www.upso.edu.ar



EdiUPSO

<https://www.upso.edu.ar/ediupso>
ediupso@upso.edu.ar

Directora EdiUPSO: Regina Durán
Director de la Colección del Sudoeste Bonaerense: Marcelo C. Tedesco
Corrección, diagramación y tapa: Franco Magi
Autora del retrato de tapa, «La Chata rusa, Reser y un nuevo éxodo»: Mayra Q. Chamorro

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes 11723 y 25446.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Bahía Blanca, Argentina, octubre de 2019.

© 2019 Ediupso

UPSO

Rector

Dr. Hernán P. Vigier

Vicerrectora

Dra. Andrea A. Savoretti

Secretaria General Académica

Lic. María Claudia Dietz

Secretaria General Administrativa

Lic. Natalia Castillo

Secretario General de Relaciones Institucionales y Comunicación

Lic. Claudio Tesan

Secretaria General de Planeamiento y Bienestar Universitario

Lic. Mariano Porras

Decana de la Facultad de Desarrollo Local y Regional

Lic. Juliana Tomassini

Decana de la Facultad de la Micro, Pequeña y Mediana Empresa

Lic. Alexia Postemsky

EdiUPSO

Directora

Mg. Regina Durán

Consejo Editorial

Mg. Regina Durán

Mg. Adrián Cannellotto

Dra. M. Belén Guercio

Dra. Guadalupe Oliveras

Director colección

Historias del Sudoeste Bonaerense

Mg. Marcelo C. Tedesco



PRÓLOGO

La colección “Historias del Sudoeste Bonaerense” forma parte de uno de los objetivos por los que fue creada la Editorial de la UPSO. Nuestro sello editor nació en 2017 con la misión de contribuir a la promoción y difusión del saber a través de la generación de material bibliográfico producido para la región del Sudoeste Bonaerense, teniendo en cuenta las necesidades del ámbito académico, cultural y del medio en el cual la Universidad está inserta, a fin de responder de manera satisfactoria a las expectativas de la comunidad que la contiene.

Entre sus objetivos cuenta “promover, rescatar y difundir la producción de autores de la región del sudoeste bonaerense, en sus diferentes géneros, de acuerdo con las líneas editoriales y condiciones determinadas por esta editorial”.

En este sentido, esta serie está compuesta por obras originales, cuyos autores resultaron seleccionados en concursos de propuestas, o bien fueron convocados especialmente para aportar su producción literaria o histórica.

El propósito de esta Colección es múltiple, y quizás ambicioso: en primer lugar, buscamos llenar un lugar de vacancia en el conocimiento de los sucesos que han hilado las ricas tramas de nuestros pueblos y ciudades del sudoeste bonaerense, enhebrándolas con anécdotas, personajes, lugares y acontecimientos singulares; y que por diversas razones en muchos casos no trascienden los ámbitos locales, volviéndose así de difícil acceso para quienes no viven o han vivido en ellos.

En segundo lugar, aspiramos a generar un espacio de publicación para autores más o menos aficionados, quienes no suelen tener medios para divulgar su obra. Como se expresara, hemos asumido desde la creación de la EdiUPSO que la tarea de un sello universitario debe

orientarse especialmente a brindar acceso social al conocimiento, poniendo al alcance de la comunidad de manera pública y gratuita textos académicos, literarios, de cátedra y otros.

A poco más de dos años de creada la EdiUPSO, su repositorio está en constante crecimiento. La incorporación de estos trabajos significará un avance en términos de brindar obras a un público que quizás no es quien busca prioritariamente lectura de textos provenientes de una editorial universitaria, pero a quien nuestro carácter de universidad pública comprometida con su comunidad nos obliga también a alcanzar.

Cabe un especial agradecimiento a los autores que sumaron sus obras a esta colección, quienes dedicaron tiempo y esfuerzo para brindar generosamente sus trabajos. También a la directora de EdiUPSO, magíster Regina Durán, y al comité editorial —las doctoras Belén Guercio y Guadalupe Oliveras, y el doctor Adrián Cannelotto—, por la dedicación con la que asumieron esta tarea. Este reconocimiento alcanza por igual al Director de esta Colección, el magíster Marcelo Tedesco, quien tuvo a su cargo la relación cotidiana con los autores, la edición y corrección de cada uno de los trabajos y el seguimiento del proceso editorial.

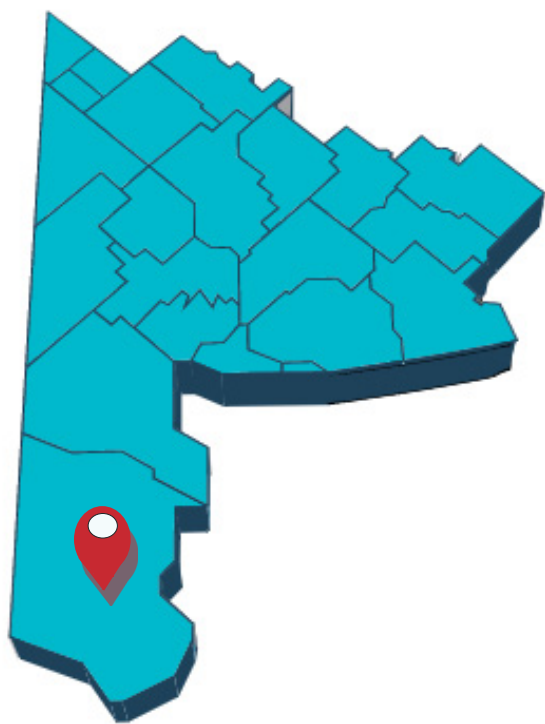
Esta Colección es un espacio abierto, que se irá enriqueciendo con nuevos aportes que paulatinamente se irán publicando luego de sucesivos concursos, así como con permanentes convocatorias. Esperamos que los lectores vuelvan periódicamente a encontrarse aquí con “nuevas y viejas” Historias del Sudoeste Bonaerense.

Dr. Hernán Vigier
Rector

MÓNICA INÉS RESER
ALEJANDRO ERNESTO ZANGRÁ

LA TIERRA PROMETIDA

UNA HISTORIA DE LOS ALEMANES DEL VOLGA AL SUR DEL RÍO COLORADO



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN *Página 7*

CAPÍTULO I. Los abuelos alemanes
del Volga en la búsqueda de una nueva
patria *Página 9*

CAPÍTULO II. En Argentina, la odisea
de los agricultores sin tierra *Página 13*

CAPÍTULO III. La familia Reser Loos en
el partido de Patagones *Página 19*

PALABRAS FINALES *Página 41*

BIBLIOGRAFÍA *Página 42*

AGRADECIMIENTOS *Página 45*

Cuando se presentó la ocasión de contar una historia transcurrida en el sudoeste bonaerense, propusimos reconstruir el itinerario histórico y vivencial del matrimonio Estanislao Reser y Catalina Loos, como un acto de valoración hacia miles de pequeñas historias que forjaron el presente de nuestra querida región.

El dibujo de tapa, «Retrato de la chata rusa y Reser», fue realizado por Mayra Q. Chamorro, bisnieta de Estanislao Reser, nieta de Ricardo Reser. Muestra la chata rusa, esa en la que no solo en cada migración los alemanes del Volga y sus descendientes cargaban lo material incluyendo las yuntas de animales de granja, sino, fundamentalmente, lo más importante para la vida, los valores de solidaridad, armonía familiar, amor, trabajo, disciplina, fe, cultura e idioma.

INTRODUCCIÓN

Cuando se presentó la ocasión de contar una historia transcurrida en el sudoeste bonaerense, propusimos reconstruir el itinerario histórico y vivencial del matrimonio Estanislao Reser y Catalina Loos, como un acto de valoración hacia miles de pequeñas historias que forjaron el presente de nuestra querida región. Las referencias aportadas por testimonios orales sobre la trayectoria de esta familia fueron el principal estímulo para la realización del proyecto. A medida que la investigación transcurría, resultó sorpresiva la diversidad de escenarios y realidades que atravesaron en solo cinco décadas.

Los protagonistas nacieron en Coronel Suárez, provincia de Buenos Aires, a principios del siglo XX. Eran hijos de aquellos alemanes del Volga que se establecieron en 1885 en las colonias Santa Trinidad, San José y Santa María. Se desposaron aproximadamente en 1920. Poco después se trasladaron al Territorio Nacional de La Pampa, donde persistieron hasta 1928, momento en el cual, dieron por perdida toda esperanza de acceder a una fracción de tierra y decidieron arrendar unas hectáreas cerca de la población José Benito Casás, partido de Patagones. La experiencia como productores agrícolas fue desafortunada: con seis hijos que amparar, resolvieron en 1941, poner fin a la vida rural e iniciar una nueva vida en la ciudad de Carmen de Patagones. Allí, comenzaron un emprendimiento familiar orientado a cubrir la demanda de viajeros y parroquianos con la locación de un edificio en el que inauguraron El Ferroviario, Hotel y Restaurante que funcionó hasta 1966. Culmina temporalmente el relato en 1971 con el fallecimiento de Estanislao.

Como la gran mayoría de los inmigrantes, Estanislao y Catalina tuvieron la desdicha de recorrer contextos con condiciones poco propicias para el progreso económico, incluso por momentos, el fruto de su esfuerzo apenas alcanzaba para cubrir necesidades básicas. Han sabido de promesas y frustraciones, de éxitos y fracasos insertos en una trama que fluctuó entre lo rural y lo urbano, entre la actividad primaria y terciaria. Resulta significativo detallar en el presente trabajo, cómo aún en la más cruda realidad, lejos de resignarse, esta familia tuvo la

capacidad de reinventarse, elaborando novedosas estrategias que colisionan con el estereotipo social de los alemanes del Volga relacionados a la tarea agrícola.

El trabajo se estructura en tres capítulos. El primero describe la situación económica y social de los alemanes del Volga en Europa y la trayectoria migratoria de la familia estudiada desde su lugar de origen hasta Argentina. El segundo transcurre entre 1885 y 1930, con la llegada de los padres de Estanislao Reser, su nacimiento en el año 1900 y su juventud en Coronel Suárez hasta sus años en La Pampa. El tercero desarrolla la trayectoria de vida en el partido de Patagones comenzado como arrendatarios de una fracción de tierra en las proximidades de José Benito Casás, su mudanza a Carmen de Patagones para ser locatarios de El Ferroviario hasta acaecida la muerte de Estanislao en 1971.

La construcción del relato no hubiera sido posible sin la narrativa oral de las vivencias de hombres y mujeres que compartieron tramos de su vida con la familia estudiada, sea en el medio rural o en las inmediaciones de la estación del ferrocarril de Carmen de Patagones.

Agradecemos especialmente a los familiares Reser que tuvieron la generosidad de aportar documentación y fotografías. Además, consultamos los repositorios documentales y bibliográficos del Museo Emma Nozzi de Carmen de Patagones y de la Biblioteca Rivadavia de Bahía Blanca.

* * *

CAPÍTULO I

Los abuelos alemanes del Volga en la búsqueda de una nueva patria

Hace 134 años el matrimonio Juan Reser y Bárbara Roth junto a sus dos pequeños hijos Jorge y Bárbara, decidieron dejar Kamenka, una de las numerosas aldeas situadas en la región del Volga (Rusia) para iniciar una nueva vida en Argentina. Recordaban el relato de sus abuelos que describían la crueldad de una Alemania plagada de conflictos sucesorios de las casas reinantes que los obligó una centuria atrás a abandonar la Renania Palatinado, para establecerse en la década de 1770 en las márgenes del río Volga.

El nuevo destino fue posible gracias al origen alemán de Catalina II, la zarina de Rusia, quien asumió el trono de todas las Rusias en 1762 y gobernó por 34 años. Ella se ocupó de poblar con campesinos los territorios del sur del Volga, convocando a sus compatriotas con prerrogativas extraordinarias entre las cuales figuraron, facilidades para el acceso a la tierra, libertad de culto, conservación del idioma y excepción del servicio militar.

Dos generaciones más tarde, los privilegios de Catalina II fueron depuestos por el zar Alejandro II que a partir de 1874 dispuso que para los agricultores alemanes regirían las mismas normas que para el resto de la Rusia zarista. El riesgo de la asimilación compulsiva era evidente. Aprender y enseñar el idioma ruso en las escuelas, a la conversión a la iglesia ortodoxa y al servicio militar obligatorio por siete años eran condiciones demasiado rigurosas para las colonias que hasta ese entonces habían logrado reproducir los usos y costumbres propios de su cultura.

Por otra parte, la superficie de tierra que ocupaban era la misma desde hacía cien años, su progresivo fraccionamiento condujo a que las parcelas tuvieran en promedio 1,6 Ha. Estos fueron los principales generantes del desesperado anhelo migratorio que se veía alimentado por el interés de países americanos de captar agricultores.

Cuando Rusia aprobó la salida de los alemanes del Volga, las colonias decidieron enviar emisarios a América para que investigaran cuáles eran las condiciones que fijaban las jóvenes naciones para la colonización. Como resultado de los primeros contactos, en 1874 se desplazaron hacia Estados Unidos los primeros 3.000 colonos. Un año después 300 familias menonitas se ubicaron en Canadá.

Poco después, influenciados por el interés de la compañía marítima de transporte Hamburgo-América, cinco delegados fueron comisionados para ver las posibilidades de emigración a Brasil. El contacto con las autoridades estatales permitió, hacia fines de 1876, el asiento de familias en los Estados de Paraná, Río Grande y Santa Catalina. Al poco tiempo, las familias quedaron desencantadas con el destino. Internadas tierra adentro en la selva, para descubrir el suelo se debía retirar millares de árboles conviviendo con una fauna atemorizante.

El descontento en Brasil originó el envío de una comisión de cinco personas a Buenos Aires para proponerle al gobierno argentino que acogiese a unas doscientas familias. El representante argentino Juan Dillon firmó el 19 de octubre de 1877 un convenio con los empresarios Galles y Preiswerk, estableciendo las mutuas obligaciones: de aquellos, hacerse cargo de conducir a los alemanes del Volga que desearan venir desde Brasil y, el de Argentina cumplir con la Ley de Inmigración y Colonización¹.

Una vez en Argentina las alternativas para ubicarse eran la provincia de Santa Fe, Entre Ríos y Buenos Aires, y el contingente de 150 familias fue el primero instalado en Colonia Hinojo, Olavarría, provincia de Buenos Aires, arribando el 5 de enero de 1878.

Las familias Reser y Loos emigran a Argentina

En Kamenka, a orillas del río Volga, los aldeanos aquejados por la multitud de dificultades que atravesaban, se reunieron y analizaron la difi-

1 La Ley Avellaneda, sancionada en 1876, preveía que el Estado argentino debía subsidiar pasajes transatlánticos, alojamiento, traslado hacia las colonias, víveres, animales y herramientas. La puesta en práctica fue lenta y parcial debido esencialmente a los limitados recursos del Estado y la persistencia de mecanismos espontáneos de inmigración.

cil situación estableciendo conjeturas y posibles opciones de salida que medirían su temple. Evaluaron dos posibilidades: permanecer allí, es decir aceptar las nuevas condiciones que la Rusia zarista imponía — como su hibridación cultural y el reclutamiento de los jóvenes para el servicio militar— o buscar una nueva Patria donde respirar aires de libertad, asentarse, continuar con sus labores de agricultores, albañiles y otros oficios, conservando su fe, su lengua, sus valores, sus creencias y cultura, que los mantendrían unidos, y así prosperar gracias al trabajo en el campo.

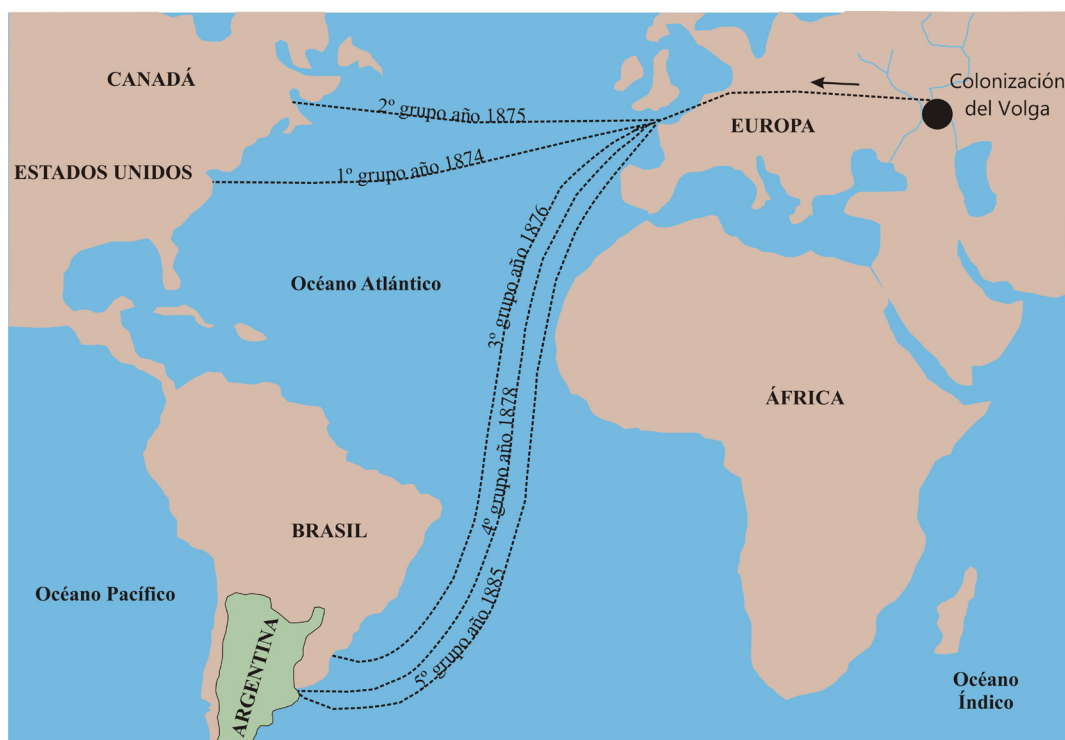
Entre aquellos estaban los que habían asistido a las reuniones convocadas por los agentes reclutadores. Esos eran personajes con facilidad de palabra que operaban para las oficinas de inmigración de Estados Unidos, Brasil y Argentina y que buscaban persuadirlos exaltando las virtudes de los nuevos destinos. Fue así como un día las familias Reser, Roth, Hildmann, Durban y Loos aceptaron la invitación de embarcarse hacia tierras desconocidas y lejanas; tan distantes que su imaginación no les permitía predecir el futuro, pero no lo dudaron, seguramente sería el anhelado.

Iniciaron el largo viaje en 1885 en barcos a vapor, en compañía de otras dieciocho familias desde Kamenka, Rusia. Llegados a Sarátov, se sumaron al contingente otras treinta familias. Descendieron para tomar el tren que cruzaba el territorio alemán, viajaron ocho días hasta llegar al puerto de Hamburgo. Este punto de embarque hacia América del Sur los dejó boquiabiertos. Jamás habían visto algo semejante: grúas con brazos elevándose decenas de metros y las cargas introduciéndose en las bodegas de barcos inmensos.

Allí, las familias eran recibidas por empleados supervisados por el funcionario argentino y por el Comisario General de Inmigración en Europa. Debían completar un documento emitido por el gobierno argentino en el que cada emigrante registraba su nombre, apellido, familia de nacimiento «ruso-alemán» y, declaraba su propósito de dirigirse a la República Argentina para dedicarse a la agricultura. Luego, serían dirigidos a galpones en los que esperarían por días el llamado a partir.

Cuando el día llegó, el rugir de los motores del vapor Estrasburgo se hizo sentir. La rampa se extendió. Cargando sus pertenencias, con los bebés en brazos y los niños de la mano de sus padres, comenzaron a caminar unos detrás de otros. Era hora de partir en la búsqueda de un nuevo horizonte, el quinto viaje a América estaba comenzando. Sus ojos claros, ahora enrojecidos y nublados, mirarían por última vez la tierra que los vio nacer. Sus pies no volverían a pisar esa tierra.

Durante la travesía, los diálogos entre los varones del vapor eran interesantes e inquietantes. Se preguntaban cómo sería el lugar donde irían, si tendrían las tierras prometidas, si podrían continuar sembrando trigo. Las madres preocupadas por sus niños, les contarían historias y cantarían canciones, esas que aprendieron de sus abuelas y que sus hijas enseñarían a sus nietos. Llegarían a Buenos Aires el 24 de septiembre de 1885.

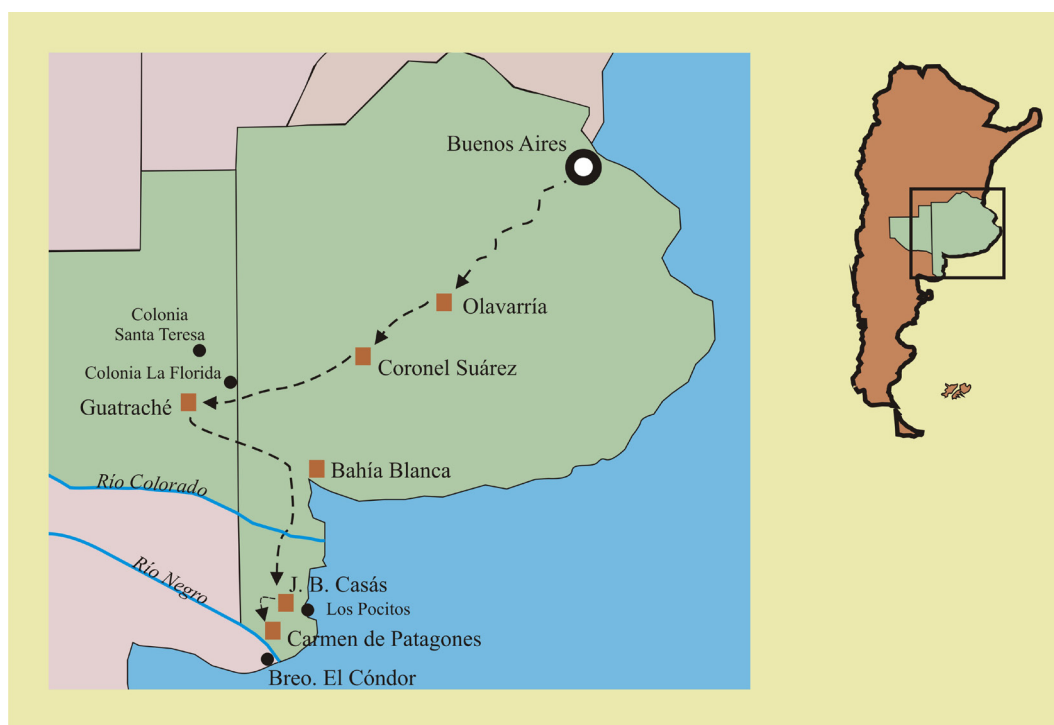


Mapa 1. Primeros contingentes de alemanes del Volga hacia América
Fuente: elaboración propia

CAPÍTULO II

En Argentina, la odisea de los agricultores sin tierra

Hacia 1880, Argentina había logrado constituirse en un Estado nación unificado con bases sólidas para sustentar las relaciones exteriores y para acompañar un crecimiento acelerado de su producción primaria. Para esta generación, la modernización era la eliminación de las pautas tradicionales de uso de los recursos y de las actividades, la producción a gran escala para el mercado interno y externo y un sistema claro de derechos de propiedad.



Mapa 2. Recorrido de las familias Reser y Loos entre otras en Argentina
Fuente: elaboración propia

El fenómeno que lo acompañó fue el aluvión inmigratorio, parte del flujo orientado hacia el ámbito rural para la agricultura, ganadería y el desarrollo de emprendimientos del sector. En una primera instancia, los extranjeros se asentaron en el Litoral y la Mesopotamia para luego hacerlo en tierras incorporadas con las campañas militares de 1878-1885.

Cuando los transatlánticos llegaban a puerto de Buenos Aires se dificultaba el amarre debido a su dimensión. Entonces, los pasajeros eran trasbordados a lanchones para llegar a la ribera y plantar sus pies en el limo. Luego, eran trasladados en carros hasta el segundo edificio del Hotel de Inmigrantes donde se alojaban durante varios días.

Como toda familia de la campiña, los Reser, Roth, Hildmann, Durban y Loos deseaban abandonar el tumultuoso hotel y dejar atrás los molestos ruidos citadinos. En la tercera jornada de espera, recibieron la orden de alistarse para salir a la madrugada siguiente. Entonces, fueron hasta la estación del moderno ferrocarril General Roca y desde allí hasta la Colonia Hinojo en Olavarría. Llegados allí junto a las otras familias, comenzaron a desagruparse al ritmo que iban encontrando a sus parientes.

Como no tenían asignada la parcela, los familiares que habían llegado tres años atrás, en 1878, dieron asilo, comida, techo y trabajo durante un año y medio. La permanencia sirvió de escuela para conocer el laboreo de la tierra en condiciones edáficas y meteorológicas distintas, así como reconocer el espacio y los aspectos culturales de las comunidades donde se estaban insertando.

Pasado el año y medio, continuaron su viaje hacia Coronel Suárez. Los hombres lo hicieron con la chata rusa insumiendo ocho días, en tanto las mujeres y niños lo hicieron en tren por el ramal recientemente inaugurado. Llegaron a la estación del ferrocarril Sauce Corto, a 175 kilómetros al oeste de Colonia Hinojo, para luego distribuirse en campos cercanos.

Eduardo Casey, titular de la compañía colonizadora Sociedad Anónima Curamalán, adquirió en 1881, 300.000 hectáreas del coronel Ángel Plaza Montero para fraccionarlas y venderlas. En 1887 las familias que comenzaron a llegar se negaron a ubicarse en los solares frente a la estación Sauce Corto ya que eran de distintos orígenes y cada cual quería formar su propio pueblo. La petición fue autorizada por la administración fundándose la Colonia N.º 1 «Hildmann» hoy pueblo Santa Trinidad, Colonia N.º 2 «Dehler» hoy pueblo San José y la Colonia N.º 3 «Kamenka» hoy pueblo Santa María, fundada el 11 de mayo de 1887.

Juan Reser, uno de los fundadores de la Colonia N.º 3, pudo acceder a 100 hectáreas, iniciando así su vida agrícola en Argentina. Los hijos que tuvo con Bárbara Roth, Jorge y Bárbara, crecieron en esa parcela.

Jorge Reser y Catalina Hildmann, ambos nacidos en Rusia en 1879 y 1878 respectivamente, se casaron el 2 de mayo de 1899 en la Colonia San José. Tuvieron a su primer hijo, Estanislao, quien nació en Coronel Suárez el 7 de mayo de 1900, protagonista de esta historia.

Tan sólo cuatro años más tarde, en la misma localidad, el 17 de junio, Johannes Loos y Ana María Durban (ambos nacidos en Rusia) fueron padres de Catalina Loos, futura esposa de Estanislao Reser.

Sus infancias transcurrieron entre los animales de la granja, el trigo y el centeno en condiciones de vida similares a las de sus abuelos en el Volga, conservando las estructuras de los pueblos, las formas arquitectónicas de las escuelas, iglesias y cementerios, así como los usos y costumbres lingüísticas, gastronómicas y religiosas. Así se fue extendiendo la colonización, que tenía como cabecera la población, centro de servicios rurales. Abuelos, padres e hijos convivían en la misma parcela, que constituía una auténtica unidad económica, en tiempos de rudimentarios implementos agrícolas. Estanislao se dedicaba a las faenas rurales estacionarias como la cosecha, que demandaba muchos brazos, ayudando a sus parientes y vecinos, aspecto solidario y estrategia productiva.

Estanislao y Catalina se casaron en Coronel Suárez a principios de la década de 1920 y, como era costumbre, la celebración duró tres días. Como el «casado casa quiere», para cortar el cordón umbilical debían mudarse a otra parcela de tierra. Para ello tenían dos formas contractuales posibles: arrendar o como trabajar como aparcerero. Es decir, alquilar la parcela, acordando si se pagaba por adelantado o no, o bien entregar el porcentaje de la producción al final del ciclo agrícola.

En 1930 apenas 9800 hectáreas de la Colonia Santa María estaban en manos de pequeños propietarios. La mayor parte de la superficie agrícola del partido de Coronel Suárez, un total de 606.100 hectáreas, eran trabajadas por arrendatarios y aparceros que apenas lograban subsistir.

Estanislao y Catalina no se conformaban con criar a los hijos en esas condiciones y envejecer en un rancho de adobes. Pretendían que sus hijos progresaran. Sus abuelos habían atravesado medio mundo animados por cumplir los sueños de libertad, de hallar y acceder a la tierra prometida donde la guerra fuera indeseable y donde se alentara la formación

de familias. La convicción de aquellos se proyectaba en el espíritu de sus nietos, rechazar el orden impuesto y no temer a lo desconocido.

Un día del año 1921, Estanislao se enteraría que al sureste del territorio de La Pampa se estaban fraccionando tierras para ser adjudicadas a familias y que estas podrían ser pagadas con diversas facilidades. Se trataba de una iniciativa promovida por el Banco Hipotecario Nacional, creando las colonias La Florida, La Piedad y Los Toros, cada una de 10.000 hectáreas. Esa institución les prestaba hasta el 80 por ciento del valor de las fracciones de tierras de entre 100 y 200 hectáreas destinadas a la agricultura.

La oportunidad parecía irrepetible y será en el verano de 1923 cuando alisten la chata rusa para emprender el largo viaje de unos siete días hasta Guatraché, 170 km. hacia el oeste. Al nuevo campo llevaban también los animales vivos, un arca de Noé atravesando La Pampa. Suponemos que esa travesía fue realizada en compañía de Jorge Reser, hermano de Estanislao, entre otros.

La ausencia del apellido Reser en la nómina de adjudicatarios alienta a pensar que, al igual que muchas otras familias, también fracasaron en su intento. Posiblemente no cumplieron las exigencias del Banco o simplemente porque la tierra «es finita». Esta operatoria tuvo una masiva aceptación pero que, a poco de iniciado el proyecto mostró la cara de su desgracia. Dado que los propietarios y las compañías colonizadoras participaron en la tasación de sus tierras, éstas fueron sobrevaluadas aumentando la obligación hipotecaria que recayó sobre los colonos. Tampoco se respetó la dimensión de los lotes que en pocos casos superaron las 100 hectáreas. Por las características de la zona, esas superficies no garantizaban la mera subsistencia.

Aunque la familia Reser no figura en esa nómina de adjudicatarios, su primera hija, Juana está asentada como nacida en colonia La Florida, el 9 de abril de 1925 y, su segundo hijo Jorge el 6 de febrero de 1927 en colonia Santa Teresa, también en La Pampa. Desconocemos bajo qué condiciones vivieron y trabajaron en los lugares citados.

Durante los primeros años, los suelos vírgenes y las buenas condiciones de humedad disimularon la lamentable falta de pericia del Banco para la planificación territorial. En el segundo lustro de la década, las precipitaciones desaparecieron y como da cuenta el periódico *El Atlántico* de Bahía Blanca, la prolongada sequía dejó en la ruina absoluta a los colonos, que debieron ser asistidos por el Estado nacional con el envío de víveres, ropa, medicinas y médicos. En esta trágica escena,

imposibilitados de cumplir con los compromisos bancarios, las hipotecas se ejecutaron favoreciendo el despoblamiento de los campos.

Los Reser Loos soportaron el momento más dramático de la historia pampeana, integrando la extensa nómina de las familias damnificadas con promesas incumplidas. De la desazón absoluta a la resignación hay un sólo paso. El matrimonio sabía de derrotas, pero su tesón, digno de las grandes causas, los impulsaría otra vez a la acción.

Corría el año 1928 y la situación era apremiante, no había tiempo para especular. Mirar hacia atrás era regresar a Coronel Suárez, a lo conocido, o ir hacia adelante, en dirección a tierras más alejadas pero también más prometedoras.

Reunidos en la cocina del rancho de adobes que habían levantado unos años antes, Estanislao y Catalina, y posiblemente también Jorge Reser, analizaron hacia dónde dirigirse. Pasó por la mente ir a Bahía Blanca, que por entonces superaba los 100.000 habitantes y era claramente por su enorme actividad industrial, agropecuaria y de servicios, cabecera de la región sudoeste de la provincia. Se imaginaban extraviados en un mundo ajeno, en el que perderían los usos y costumbres de su madre tierra, a los que echarían de menos. Los sueños de sus antepasados, cultivar la tierra en paz y en familia, hoy les eran propios. En su genética estaba el almidón del trigo. Había que continuar insistiendo.

Les había llegado la información que al sur del río Colorado existían tierras disponibles para arrendar a menores precios y, que algunas familias de alemanes del Volga estaban produciendo por allí trigo desde hacía varias décadas. Eso les permitía abonar el sueño de hallar la Tierra Prometida.

Estaban en lo cierto, ya que la compañía colonizadora Hugo Stroeder con sus promesas de buenas tierras y humedad, como una prolongación de la pampa húmeda, había logrado atraer a sus pares.

Mientras compartían la merienda con sus dos pequeños hijos, se asomaron por la ventana y observaron los pocos animales de granja que lograron sobrevivir a la tremenda sequía. Comenzaron los preparativos para el viaje, reforzando la alimentación de los caballos, ajustando la estructura de la chata rusa, reuniendo a los animales de la granja, preparando los alimentos para consumir en la marcha y embalando todas sus herramientas y pertenencias, previendo el momento de retirar las aberturas y el techo del rancho, materiales con los que construirían su futuro hogar.

La chata se sacudiría durante los próximos 300 km. Seguirían por la ruta paralela a las vías del ferrocarril que unen General Acha con Bahía Blanca, itinerario que aseguraba contar con las estaciones y poblaciones donde recalar para aprovisionarse de agua y algunos alimentos. También estaban atentos a los ranchos de trabajadores rurales, para ser auxiliados con agua y carne fresca dando, posiblemente, a cambio algunos objetos. El viento del sur les auguraba un futuro venturoso.



Foto 1. Casamiento de Estanislao Reser y Catalina Loos (aprox. 1920)

CAPÍTULO III

La familia Reser Loos en el partido de Patagones

Una gran alegría invadió los corazones al momento de atravesar el río Colorado, estaban en el partido de Patagones a fines de 1928. En su trayecto habían ido descubriendo poblaciones y colonias agrícolas y observando la inexistencia de tierras disponibles. Suponemos que viajarían junto al hermano de Estanislao, Jorge Reser, soltero, y que habrían llegado hasta Cardenal Cagliero para ocupar una fracción de las tierras fiscales que rodeaban esta estación ferroviaria, pero fue en vano, todo estaba ocupado.

La expansión agrícola se diseñó sobre una estructura agraria peculiar de tenencia del suelo, dado que 330.000 hectáreas, esto es, un cuarto de la superficie total del Partido, eran fiscales y administradas por la Provincia. Esas tierras habían sido subastadas por primera vez en Bahía Blanca en 1912. Los notables de Carmen de Patagones las arrendaron con el propósito de subarrendarlas para percibir una renta y que otros hicieran las mejoras necesarias para valorizar sus campos. Podemos inferir que estas migraciones eran el elemento protagónico del crecimiento demográfico y la expansión poblacional desde las vías del ferrocarril hacia el Atlántico para el monocultivo del trigo.

El matrimonio debió retroceder unas cuatro leguas hasta la población José Benito Casás y a 10 kilómetros en dirección al mar de esta estación ferroviaria para aceptar, suponemos, las 200 hectáreas que «Eduardo Ríos»² le habría ofrecido días atrás en condición de arrendamiento.

Los Reser no estaban solos en la inmensidad dado que «Ríos» administraba las 10.000 hectáreas que estaban en sucesión y las subdividía. Familias de ascendencia alemana, italiana, española, rusa y sirio libanesa eran vecinas de Estanislao y Catalina, con rasgos culturales

² Seudónimo que reemplaza el verdadero nombre del capitalista local.

marcadamente diferenciados pero con historias de desarraigo compartidas.

Los comienzos fueron de una exigencia tan extrema que muchos lectores pondrían en duda la veracidad de estos párrafos. El campo de «Ríos» estaba dividido en fracciones delimitadas por cercos de ramas taladas del monte, única mejora. Si bien no podemos certificar su morada original suponemos, en función de los antecedentes, que habrían cubierto con lona a la chata rusa a modo de refugio, mientras realizarían una depresión en el suelo, rodeándolo con postes de chañar para techarlo con las chapas de zinc. En la parcela aledaña arrendaba Jorge Reser, posiblemente habría una vivienda que compartieran para proteger principalmente a Catalina y sus pequeños hijos.

Se proseguiría con la desangrante misión de ejecutar a pala y pico el pozo para llegar a la capa freática de no menos de 20 metros de profundidad, augurando que el agua fuera dulce, de lo contrario había que comenzar uno nuevo. Para la extracción del agua, se debía montar una estructura en la boca que permitiera a cincha de caballo descender el balde que cargaba de agua, volver a la superficie y verter el líquido en una canaleta y conducida hasta el depósito. Agua para el consumo familiar, los animales de la granja y los caballos.

En esta parcela se habían desmontado unas escasas hectáreas que se roturaron a fin de destinar algunas para la siembra de trigo. Sus espíritus se reconfortaban viendo a sus pequeños hijos Juana y Jorge haciendo sus primeras travesuras, intentando atrapar algunas aves de monte como martinetas e inambúes, casi extintas en el mundo rural del que procedían. Estanislao atraparía unas que colmarían esa noche sus estómagos.

La premura por edificar se debía a los dos vástagos que debían proteger. Levantar la casa de adobes, cumplir con los deberes agrícolas y los menesteres como padres en forma paralela es de tal exigencia física que en tiempos actuales pocos podrían afrontarlo, aunque quisieran. Las fuentes orales señalan que las casas se emplazaban próximas al pozo del agua, en un bajo, buscando ahorrarse unos metros de excavación y por la posibilidad de canalizar el agua de lluvia hacia él. Se vivía en un inestable equilibrio, pues si las precipitaciones eran muy abundantes las casas se inundaban.

En la construcción, los vecinos habrían aportado brazos y recursos, herramientas de trabajo como palas, picos, carros y carretillas que eran indispensables para la elaboración del barro, que luego era modelado por las adoberas. Días después esos adobes secos eran levantados, tras-

ladados y pegados con el mismo barro como argamasa. Los postes de chañar servían como tirantes y junto al techo y la carpintería traída de Guatraché, formaban la rudimentaria vivienda. Las chapas cubiertas con maciega o paja vizcachera eran sujetadas con ramas para lograr la aislación térmica.

El asentamiento poblacional más próximo a la residencia Reser era José Benito Casás, también estación del ferrocarril habilitada en 1922. Casás fue el empresario colonizador que en 1918 había adquirido 5000 hectáreas de tierras públicas para fraccionarlas y formar la colonia. Como ha sido una constante, alrededor de las estaciones se formaron agrupaciones de migrantes y trabajadores ferroviarios que originaron las poblaciones del Sudoeste Bonaerense.

Para la década de 1940, esta localidad hacía alarde de su prosperidad concentrando almacenes de ramos generales, carnicería, panadería, surtidor de combustible, taller mecánico, herrería, tiendas, hotel, escuela primaria, servicio de correo, teléfono y destacamento policial donde residía la máxima autoridad. Según el censo de población de 1947, el 65 por ciento de la población total del partido era rural. La gran mayoría de la población estaba compuesta por familias agricultoras que se habían sumado a la producción de granos como arrendatarios, aparceros o medieros, de modo que pocos llegaron a cumplir el sueño de la tierra propia.

En general, los pequeños productores agrícolas desconocían el funcionamiento de los mercados, volúmenes demandados, destino del trigo, valores y cadena de comercialización, aspecto que los ponía en situación de desventaja a la hora de negociar lo obtenido durante el año agrícola. La cadena comercial estaba compuesta por el productor, las casas de comercio local, molinos harineros y los exportadores. Por el volumen de operaciones, en Casás sobresalía un almacén de ramos generales que además acopiaba el cereal, principal fuente de ingreso de los productores cerealeros. El almacén operaba al mismo tiempo como agente local para firmas comerciales con central en Bahía Blanca y Buenos Aires y como proveedor de insumos y agente financiero para los agricultores.

Los chacareros, que se encontraban al límite de sus necesidades, se veían obligados a acudir al comerciante para obtener «los vicios»³ e in-

3 Expresión que refiere a productos básicos para el consumo tales como yerba mate, azúcar, harina.

sumos para la producción como semillas, herramientas y carbón. De este modo, asumían el compromiso de cancelar la deuda con la entrega de la producción, generando como efecto un círculo vicioso del cual era muy difícil salir. El negocio también era arriesgado pues cuando las cosechas fracasaban debía continuar sosteniendo a las familias agricultoras.

Los hijos Reser fueron llegando como mensajes de amor y en el epílogo de la década de 1930 ya habían concebido los seis, Juana (1925) y Jorge (1927) que habían nacido en Guatraché, Feliciano (1929), Hipólito (1930), María Rosa (1932) y Ricardo (1934) en Casás. Los nacimientos y bautismos eran motivo de celebración preparando almuerzos compartidos con los vecinos.

Los Reser fueron una familia de fe al punto que algunos de sus integrantes se entregaron al servicio de Dios, como Catalina (religiosa de la Orden del Sagrado Corazón de Jesús en Buenos Aires) y Gregorio (Congregación del Espíritu Santo en Buenos Aires), hermanos de Estanislao. Es conmovedor el relato de María Rosa, hija del matrimonio protagonista de la historia sobre la celebración de las Pascuas que transcribimos textualmente:

... En Pascuas no teníamos la suerte de comer huevos de chocolate como ahora, nos conformábamos con los huevos de gallina que mamá endurecía y con Juana que era la mayor los pintábamos, hacían dibujos y los más chicos hacíamos un nido y dejábamos la ventana abierta para que viniera el conejito. En esa canastita nos ponían los huevos y golosinas. Yo, curiosa, miraba para todos lados para ver ese famoso conejo que nunca lo vi...

El otoño del año 1939 inició con una lluvia que ilusionaba finalizar el año con una buena cementsera. Estanislao reunió los caballos y ultimó detalles para iniciar al otro día la arada, pues era imperioso aprovechar hasta la última cuota de humedad. Esa noche cenaron más temprano de lo habitual, pues debían levantarse a las 4 de la mañana, cada uno cumpliendo con su tarea. La primera en hacerlo fue Catalina para reanimar la cocina a leña y preparar el desayuno mientras los hijos mayores alimentaban los caballos en el pesebre. Lácteos, pan, embutidos y mate cocido suministraban energía a Estanislao que al alba pecheraba los seis caballos necesarios para traccionar el arado de dos rejas. Luego de varias horas se realizaba un descanso para reconfortar los animales y dar paso a Jorge, el mayor de sus hijos, que continuaba hasta el me-

diodía. En esas semanas los gallos estaban en silencio, el silbido de los agricultores anunciaba un nuevo día.

A medida que la humedad disminuía, el afilado de las rejas debía hacerse cada vez con mayor frecuencia, había pasado una semana desde el inicio. Cada día y medio Estanislao debía retirar las rejas para afilarlas, en una operatoria digna de describir. Llevadas al taller, un galponcito con las herramientas para el trabajo del metal y la madera y con la fragua utilizando carbón, debían calentarlas hasta enrojecerlas y a mazazos «estirar el filo» para luego sumergirlos en aceite dándole el temple óptimo. En campos desmontados recientemente, los arados sufrían los embates de los raigones de piquillines y chañares que mellaban las hojas y aflojaban el soporte de madera, demandando reparaciones más delicadas hasta el reemplazo de las partes irrecuperables.

Con estas rudimentarias herramientas y buenas condiciones de humedad se podían arar entre dos y tres hectáreas por día, disminuyendo con el correr del tiempo dado el progresivo adelgazamiento de los caballos. En el ocaso del otoño, seis caballos tirarían la sembradora de catorce discos y dos semanas después finalizarían con las 70 hectáreas.

En esos tres meses los equinos entregaron hasta la última gota de sudor. Dado que eran la fuerza de trabajo más relevante, era necesario fortalecerlos. Los Reser Loos llevarían unos veinte animales a pastorear a un campo próximo que los recibía mediante un pago y permanecerían hasta fin de año, cuando se los requería para la cosecha.

En las frías jornadas invernales, Estanislao y Jorge destinaban el tiempo para la reparación de toda la soguería, que durante meses habían soportado la tensión originada por la tracción de los caballos y la resistencia del arado. Pecheras y sogas eran cosidas con tientos de cuero de vaca y untadas con grasa de capón, ovino para conservar la elasticidad y dejarlas listas para la próxima faena agrícola.

Estanislao se subsumía en su tarea, su personalidad introvertida impedía conocer sus pensamientos. Estaba al frente de los trabajos cotidianos vinculados a la producción en parte para el mercado y en parte para el autoconsumo.

A la par de un gran hombre estaba la madre del hogar, dotada de una extraordinaria energía que invertía en la obtención y asignación de los recursos de subsistencia, en la educación y cuidado de los hijos, en la organización del consumo familiar. También prestaba sus brazos cuando los trabajos agrícolas lo demandaban pues no siempre podían pagar a un peón. Regularmente era la primera en levantarse y, aún en

camisón, tomaba la leña para el fogón y la cocina así como para atemperar los ambientes. Por detrás de ella, aparecían las mujeres que colaboraban en la preparación del desayuno: mate, té, pan, manteca, torta Riwwelkuchen⁴ todas preparaciones caseras propias. O solo trigo con leche y Fülßen⁵ en los años de carencia.

Estanislao y Jorge entraban en escena poco después, calzando la ropa de trabajo pues por esos días estaban dedicados a desmontar, trabajo muy duro hecho preferencialmente en invierno. En la casa se oía el sollozar de la vajilla fregándose. Doña Catalina alistaba a Feliciano, Hipólito, Ricardo y María Rosa para enviarlos a la casa de la familia Galinsky, donde se había organizado un espacio en el que el maestro Entraigas impartía clases a doce niños y adolescentes.

Luego del desayuno, los mayores se abrigaban y con trancos enérgicos atravesaban el patio para llegar a la granja y alimentar las gallinas, pavos, gansos y cerdos. Unos metros más adelante estaba el corral con las vacas que había de ordeñar y el caballo de raza mestiza. El equino contaba con una buena masa muscular al que se le colocaba un arnés especialmente diseñado para extraer agua con el sistema de balde volcador. Luego se soltaban y arreaban las pocas ovejas hacia un potrero cercado con espinas, cuidando que no invadieran el sembrado.

* * *

María Rosa, autorreferenciada como «la pastorcita», contó una escena protagonizada a sus ocho años. Mientras Jorge araba, ella se quedó dormida entre los surcos. Al dar la vuelta con el arado y ver que los animales se abrían, Jorge se dio cuenta que ella estaba delante de las rejas. Pudo salvarse saliendo por detrás del arado, asustada y «machucada».

Otro de los episodios vividos y recordados por María Rosa refieren al extravío del caballo. Su padre la obligó a ir en su búsqueda en medio de la noche montando la yegua, Linda. El animal se asustó y se levantó

4 Riwwel, Riwwelkuchen o torta rusa consiste en una masa dulce horneada, cubierta con dulce realizado en base a azúcar quemada y harina. Sobrecubierta por harina tostada con manteca.

5 Fülßen es una preparación realizada en base a pan duro rehogado en leche y huevo, endulzada con azúcar y horneada. Una variante se cocina en aceite y se sirve cortada en rodajas.

sobre sus dos patas traseras haciendo que la pequeña se cayera. Pero, al ser mansa la esperó a que se alzara y la regresó a la casa.

Los dos varones menores, Estanislao y Ricardo, llevaban las vacas a pastar a otro sector del campo. Allí cruzaban el alambrado y llegaban a la casa de su tío Jorge quien, a escondidas de su padre, les regalaba cigarrillos. Los niños ya fumaban y guardaban bajo una mata de piquillín⁶ ese codiciado atado para que su padre no los castigara. Los pequeños salían por la mañana y comían frutas del monte como chauchas de algarroba⁷, bayas de chañar⁸ o de piquillín.

A media mañana el almuerzo comenzaba con la elección de los pollos, su faena y trozado para la cacerola. Una vez cocinado el pollo, era acompañado, en el mejor de los casos, de algunas verduras. En general la escasa agua dulce disponible en los campos hacía difícil proyectar una próspera huerta y las frutas eran por demás escasas. En contadas ocasiones, las verduras y las frutas eran compradas en el pueblo. Abundaba el uso de granos de trigo en recetas tales como trigo con leche para desayunos o meriendas, trigo en sopas y estofados. He aquí la demostración de ductilidad en la cocina de doña Catalina al reemplazar por trigo el arroz u otros cereales en épocas de extrema carencia.

Los niños que estaban en la escuela regresaban a casa siguiendo un sendero que solo ellos conocían. Ansiosos por satisfacer su apetito, encontraban sobre la mesa la fuente con las aves, el infaltable chucrut⁹, embutidos, pan y agua para beber. Como el tío Jorge permanecía soltero, sería frecuente su compañía en estos momentos familiares.

Las tardes soleadas eran entretenidas, se cumplía con el barrido del patio, arrimando leña hachada a la casa, higienizando los corrales. El andar de los mayores era entorpecido por las travesuras y ocurrencias de los menores que habían construido ingeniosamente un carro de cuatro ruedas reciclando los envases de yerba mate, que por ese entonces se comercializaba en recipientes de madera. Al crepúsculo se oían silbidos y los ladridos del perro para arrear las ovejas hacia su corral.

En las noches invernales, a la luz del farol de kerosene, las mujeres proseguían con tareas domésticas elaborando panes u otras prepara-

6 Piquillín, *Condalia mirophylla*, especie de arbusto espinoso endémica de la Argentina. Con frutos en bayas pequeñas y jugosas.

7 Algarroba, *Prosopis* sp, arbusto espinoso con frutas en vaina.

8 Chañar, *Geoffroea* sp, árbol frondoso con frutos en forma de drupa carnosa y dulce.

9 Chucrut, fermentado de hojas de repollo o col y conservado en salmuera.

ciones culinarias, remendando pantalones despenachados por las espigas del monte, zurciendo medias o tejiendo. María Rosa recuerda que por esos años era hábito tejer prendas para vestir y también adornos que lucían en puertas, ventanas y alacenas. Los más jóvenes hacían arte valiéndose de originales insumos: tomaban los huevos de gallina y les hacían dos orificios modo tal que por uno de ellos se soplaban y por el otro, salía el contenido. Se los dejaba secar y se los pintaba. Por último, se les pasaba por los agujeros un hilo con la precaución de hacer un nudo para fijarlos obteniendo como resultado una corona de huevos decorados.

Otra de las tareas domésticas consistía en rejuvenecer los colchones, las almohadas y las frazadas cuyo relleno de lana de oveja se iba apelmazando con el uso hasta tornarse rígido. La intervención comenzaba con el descosido de la costura para retirar el relleno y abrir la lana manualmente para que recupere su esponjosidad. Así también, se aprovechaba la ocasión para lavar la funda. Secas las fundas, se hacía el procedimiento inicial en orden inverso.

Finalizando el año se iniciaba la cosecha, que demandaba los brazos de todo el mundo. Los mayores, sean hombres o mujeres, operaban la cosechadora arrastrada por doce caballos. Las bolsas de trigo iban quedando en el rastrojo para, finalmente, ser levantadas con la chata rusa para estivarlas al lado de la casa. El propietario del campo contabilizaba el total de bolsas logradas y marcaba con tiza la cantidad equivalente al porcentaje acordado. Así, don Estanislao quedaba autorizado a trasladarlas con el carro hasta la estación del ferrocarril donde las recibía el comerciante. De esta forma concluía el ciclo agrícola.

Toda la familia había trabajado a destajo y necesitaban descansar en el paraje Los Pocitos, balneario marítimo que procuraba la tranquilidad, la diversión y el sosiego público pues estaba en el corazón triguero del partido de Patagones.

En la chata rusa se cargaba lo necesario para acampar durante una semana y disfrutar del baño, la pesca, los grandes bailes y competencias deportivas. Gozar de algunos placeres también integraba el menú de necesidades.



Foto 2. La familia en el campo (aprox. 1935). De espaldas la casa de adobe construida con la participación de todos los integrantes de la familia. Mencionados de izquierda a derecha: Feliciano, Juana, María Rosa, Catalina, Estanislao y a sus pies Ricardo, Jorge y Hipólito.

Retos de la vida rural para muchas familias vecinas de José Benito Casas

En el siglo XX se produjeron transformaciones socioambientales asociadas con producciones poco compatibles y sustentables con el medio físico. Las familias inmigrantes traían un modelo de producción más propio de un clima benigno como la pampa húmeda que de un área de transición entre un ambiente semiárido a árido, con alternancia de ciclos húmedos y secos.

Los agricultores organizaban su producción conforme a la fuerza de trabajo de los miembros de la familia, que pese a enormes esfuerzos y privaciones, no lograban niveles de acumulación que posibilitasen el ascenso social. Con estas pequeñas escalas de producción era imposible la modernización tecnológica.

En el período que va desde fines de los años 1930 y fines de 1940 varios factores externos desencadenaron y presionaron a muchas familias de chacareros arrendatarios de campos cercanos a José Benito Casas, a tomar ciertas decisiones. Resignados, dejaron entre los surcos sus sueños de arraigar y continuar produciendo.

Las necesidades culturales catalizaron nuevas expectativas para la familia. Hasta entonces la educación a los menores de alrededores se impartía en un aula improvisada en la casa de un campo vecino. En ese momento se decide que los hijos debían escolarizarse en el ámbito de la educación formal. El rey de los cultivos, el trigo, se sintió sombrío ante las sequías.

Reducida tanto la cantidad como su calidad, y por la baja cotización de los granos, muchas de estas familias de emprendedores —entre ellas los Reser Loos—, optaron por la búsqueda de nuevos horizontes, más fértiles y fructíferos. Lo obtenido no satisfacía las necesidades. El escaso rédito quedaba en manos de los administradores de la tierra, esa que no estaban dispuestos a vender a los verdaderos trabajadores.

La dificultad de continuar en la zona dio lugar al desplazamiento hacia otros horizontes. Como los Schenfelt hacia Guardia Mitre, en ese entonces Territorio Nacional de Río Negro; los Rossio hacia salinas De Piedras; los Galinsky hacia Chubut; Juan Reser, hermano de Estanislao, regresó a La Pampa comprando en Guatraché 50 hectáreas.

Un nuevo horizonte resplandece. Carmen de Patagones

Asomaba el sol esperanzador del año 1941 sobre Carmen de Patagones. Unas 5000 almas residían allí. A pesar del tiempo transcurrido desde aquel 1920, en el que doña Catalina Loos y don Estanislao Reser habían iniciado un camino de vida juntos, formar una familia y vivir en el campo, sus espíritus no estaban retraídos ni perdidos. Si bien no eran aquellos jóvenes, la madurez no les quitó esa tenaz fuerza hacia la libertad ni los alejó de los ideales y con su inagotable afán explorador seguirían haciendo camino al andar.

Ahora, en 1941, el paso del tiempo había dejado grabadas en sus manos las horas de trabajo y en sus rostros los senderos transitados, la aridez de los suelos y la rigurosidad del clima como así también sabiduría

dada por la experiencia. Un largo camino de aventuras los separaba de su lugar de partida, Coronel Suarez.

Luego de varias charlas, el matrimonio, había tomado otra firme decisión: debían partir. Así fue, pero esta vez no irían a otro campo. Era hora de dejar la ruralidad y asentarse en el pueblo. No fue fácil cambiar de hábitos, todo el seno familiar debía adecuarse a un nuevo ritmo, dejando atrás la inmensidad del campo y su naturaleza salvaje, de la que solían valerse. Debían desprenderse de su pequeño capital material y simbólico, integrado por los animales, las herramientas, las máquinas y la casa entre otros, para enfrentar cambios profundos en sus costumbres, horarios y rutinas. Antes, sus actividades se regían por la salida y la puesta del sol, por el movimiento de los animales y el ciclo de los cultivos; ahora, eran impuestos por la vida en la incipiente urbe. Hacer compras, preparar la comida, ir a la escuela y otras obligaciones caracterizaban su nueva vida. A pesar de todo ello, ese incesante deseo de éxito, de progreso y de bienestar llenaba sus corazones y sobrepasaba toda duda abriendo las puertas a una nueva vida. Tenían seis hijos que ver crecer y educar, la mayor quince y el menor, seis años.

Así, optaron por instalarse en Carmen de Patagones, a escasos kilómetros del campo arrendado. Conocían esa localidad: allí Estanislao llevaba sus cueros y lanas para venderlos o trocarlos por escasa mercadería que les permitiera sobrellevar los días.

Don Estanislao, alquiló para él y su familia una casa en el barrio Pueblo Nuevo. En él se alternaban las construcciones con terrenos baldíos y probablemente el costo del alquiler haya sido menor que en otro sector de la localidad. Estanislao seguiría junto a su primogénito, Jorge, labrando el suelo de aquella parcela durante dos largos años. Tal vez, hasta cumplir con el contrato de arrendamiento u otras obligaciones. El cumplimiento del trabajo contenía el férreo sentido de la palabra y el respeto a lo aceptado.

En su nueva vida en el pueblo, Doña Catalina se encargaba de los quehaceres domésticos y sus hijos menores atendían el estudio en la escuela primaria N.º 8. Las hijas mayores, a requerimiento de sus padres, colaboraban con la economía familiar trabajando como acompañantes de algunas vecinas del barrio.

En 1943, Ricardo, el menor de los varones entró al régimen de semi-pupilo en el colegio San José. Allí permanecía desde la mañana hasta la tarde. Fue integrante de los Boys Scouts y monaguillo, siguiendo las costumbres religiosas de la familia.

Las niñas, burladas por ser mayores que sus compañeros de curso, no deseaban asistir a clases. A la vez, el dialecto que hablaban ya casi no se usaba por lo que eran fuente de burlas y vergüenza. La inserción en la población urbana los terminó empujando a olvidarse de él. Los primeros fueron los niños. Los adultos consideraron que era saludable hablar solo el castellano.

Aun así, lograron nuevas relaciones de amistad. Las vecinas solían reunirse por las tardes en alguna cocina a charlar alrededor del brasero encendido, intercambiar puntos de tejidos y recetas de cocina mientras compartían mate cocidos o té con pasteles criollos y los Riwwelkuchen de Catalina. Esas madres preocupadas por la salud de sus familias no podían dejar de hablar de los remedios caseros: en invierno, se utilizaba el eucaliptus para vaporizar o como principal ingrediente del jarabe para la tos, al que le agregaban azúcar quemada, cáscaras de naranjas y corteza de chañar. Para los empachos, cataplasmas de grasa de pella y cenizas ¡por tres días! Luego de los tironcitos de «cuero» y el aromático e irremplazable té de paico del monte. Para los bebés, cinta roja. ¿Insolación? el vaso de agua invertido sobre la cabeza. Para otros males, flores de manzanilla y así seguían con la interminable lista.

Afuera, en la calle, sus hijos jugaban con carros fabricados con sus propias manos y guiados por la imaginación; un partido, con pelota de trapos viejos, los encontraría discutiendo por el tanto logrado y la prenda a realizar. Las canicas, llenaban los bolsillos de los más hábiles mientras que otros se comunicaban con sus «teléfonos» de lata y alambre de cobre. Las niñas, jugaban a ser madres vistiendo y desvistiendo muñecas con cara de porcelana y relleno de lana. También jugaban a la payana con conitos de eucaliptos o piedrecitas. Claro que, los días de lluvia de vez en cuando llegaban, entonces las lagunas callejeras se transformaban en pista de carreras para los navíos de papel y no faltaban los sapos croando y los niños intentando su captura.

Para el matrimonio Reser Loos los días transcurrían con una preocupación latente: cambiar el trabajo conocido y aprendido por generaciones, por tradición, para innovar, emprender. Era hora de encontrar otra fuente de ingresos. Llevaban celosamente anotados sus movimientos de dinero. Debían calcular perfectamente los gastos diarios para cubrir todas sus necesidades. Planificaban cada paso a dar.

Ambos, contaban con la misma capacidad de resiliencia que caracterizó a sus abuelos alemanes del Volga: hábiles, dúctiles, inteligentes y emprendedores, sabrían analizar las condiciones de desarrollo de la localidad y elegir acertadamente el nuevo emprendimiento.

Caminaron el poblado en búsqueda de respuestas. El día era gris plomizo, una brisa marina les enfriaba los rostros blanquecinos enrojeciéndolos y, sus ojos, celestes verdosos ahora opacados, eran grisáceos.

Primero recorrieron la zona costera con la esperanza de encontrar en la actividad portuaria alguna salida. Allí estaban los galpones de acopio con sus portones cerrados y su frente limpio. Ya no estaba la pila de cientos de bolsas para ser despachadas. Ya no circulaban los caballos tirando carros con sal, ni aquellos con cueros y lanas que partían de este puerto para ser vendidos en Buenos Aires. Se acercaron al muelle. El río estaba en su máxima marea con un ligero oleaje provocado por el viento y el pasar de la embarcación del Ministerio de Obras y Servicios Públicos. Alguna que otra nave con medio casco sobre la costa, amarrada a un sauce y, otras amarradas al muelle. Había algunos hombres de piel rugosa quemada por la sal ocupados tejiendo redes de pesca hablando el español toscamente, por su origen calabrés. Escasa actividad, días de decadencia portuaria. Ahí no encontrarían la solución. Se retiraron cansados. Iban cargados de nostalgia y preocupaciones sobre sus hombros. Atravesando el pueblo por calles polvorientas subieron la cuesta.

Pasaron frente al rancho La Carlota y al llegar a la plaza «7 de Marzo» se detuvieron a contemplar la escultura de la Libertad, esa que también refleja la Igualdad. Posiblemente recordaron todo lo vivido. Cruzaron la calle, ingresaron a la parroquia Nuestra Señora del Carmen, se persignaron, avanzaron lentamente, se hincaron en el banco de siempre y le rezaron a Dios y a la Virgen María. Su fe aún los seguía acompañando. La esperanza es lo último que perderían, pero el carácter de aquellos no se los permitiría. Al día siguiente buscarían otras posibilidades. Esa noche la familia cenó en silencio y antes de acostarse, ya en el cuarto, Catalina y Estanislao rezaron por la familia.

Un nuevo día llegaba. El canto del gallo y el trinar de los pájaros los despertó. La esperanza se renovaba. Doña Catalina, como todas las mañanas, se adelantó, vistió su largo delantal de tela, avivó el fuego de la cocina y preparó el desayuno. En la larga mesa colocó los tazones con mate cocido que sirvió junto al pan calentito recién horneado. La familia compartía alegremente esos momentos. El día invernal y soleado los invitaba a salir.

Los niños colaboraron alimentando a las pocas gallinas y patos que habían conservado y, al loro de la familia quien no dejaba de pedir: «Papa, Catalina... La papa para Pepe».

El matrimonio iría, esta vez en su sulky tirado por el compañero de vida, el caballo, hacia el norte del pueblo. Allí otra actividad se desarrollaba. Habían recorrido unas veintitantas cuadras. estaban llegando a la estación del ferrocarril cuando divisaron desde lejos un movimiento incesante en los alrededores. Carros tirados por caballos llegaban cargados y otros, salían con cargas.

¡Ese era otro Carmen de Patagones! ¡Allí, el sol brillaba! El tren había ingresado a la localidad una vez más. La dinámica del área en la década de 1940, demuestra luego de dos décadas, el ferrocarril había logrado torcerle el brazo al puerto local. La regularidad en el servicio, el abaratamiento de fletes y seguros eran ventajas que la navegación no podían igualar. Además, el ferrocarril era en ese entonces el transporte predilecto de los pasajeros. Unía la capital del país con la ciudad turística San Carlos de Bariloche, territorio nacional de Río Negro cuyo volumen de pasajeros se incrementó con la inauguración del hotel Llao Llao en 1955. Así las actividades económicas más prósperas se fueron desplegando en sus inmediaciones.

Entraron a la estación y fueron al andén. Aún en el aire se mantenía y respiraba el humo caliente de la máquina, desde los rieles un hediondo olor a baño emergía. Desde allí vieron vagones repletos de carga. A la distancia, ovejas que eran arreadas hacia los corrales.

Cientos de pasajeros hablando y caminando a la espera del tintinar de la campana y el silbar del guarda. Vendedores ambulantes y canillitas ofreciendo sus productos. Algunos niños corriendo y otros descansando sobre el suelo junto a sus padres bajo los aguaribayes cuyas ramas aromáticas suavizaban la aspereza del aire. Así lo recordaba Jorge Pardal, un extrabajador del ferrocarril:

Se reparaban las máquinas de pasajeros y de carga y todavía andaban las máquinas a vapor, en el taller se les hacía todas las reparaciones. Para hacer todo el movimiento estaban los auxiliares, sus jefes, los que recibían y despachaban encomiendas, los que estaban en el despacho de cargas, el encargado de galpón, los capataces de cuadra y cuatro ayudantes, un mecánico por turno. Éramos como doscientos empleados.

Llegaban máquinas que quedaban para el otro día, o dos días... hubo ocasión de haber doce máquinas para hacer, revisar, reparar. Las ovejas que venían del sur se alimentaban en el embarcadero, pero era gente de afuera, contratada, los que limpiaban las jaulas, cuando se descargaba la hacienda se la alimentaba.

Los testimonios orales dan cuenta de que en los corrales se encerraban más de cinco mil ovejas para abreviarlas y fortalecerlas para afrontar el viaje a Buenos Aires en los vagones ganaderos. A los animales que procedían de los alrededores se les sumaban los miles que venían en ferrocarril provenientes de la meseta rionegrina¹⁰. El manejo de los rebaños empleaba a decenas de hombres y niños.

Don Estanislao conocía al jefe de la estación. Habían conversado en varias oportunidades sobre la falta de un lugar donde ir a comer, asearse y descansar. Muchos empleados de Ferrocarriles no eran de la localidad y algunas personas que venían de la zona a realizar trámites en el pueblo debían quedarse por varios días.

Recordando aquellas charlas y viendo el movimiento, el matrimonio recorrió las cuadras aledañas pensando una posibilidad cierta de un nuevo y prometedor emprendimiento. En dirección al norte, se recuerda un aserradero que con árboles del río Negro producía materiales para la construcción. Se comercializaba en Bahía Blanca siendo el tren el medio de transporte. Al lado estaba el barrio Obrero, conformado por treinta viviendas adjudicadas en 1953 a trabajadores ferroviarios. Próximo a la estación se encontraba el sindicato La Fraternidad.

Enfrente de la estación cruzando la ancha calle de tierra, hoy Avenida Juan de la Piedra, había varios comercios, dos almacenes de ramos generales, un bar a mitad de cuadra, una peluquería barbería y un llamativo salón desocupado flanqueado por eucaliptus. A unos cincuenta metros hacia el noroeste, los Garrafa tenían un almacén de ramos generales y una verdulería. A tres cuadras de allí, hacia el sur este, se encontraba el hospital Ana Bernal de Justo, actual sede de la Universidad Provincial del Sudoeste (UPSO) en esta ciudad.

La peluquería barbería era de don Montes de Oca. El mismo, navaja en mano, lograba en minutos, un cambio estético increíble en sus clientes. Recordaba Jorge Pardal «Montes de Oca decía cuando terminaba de cortar el pelo a un cliente: *listo el mocito venga el pesito*». Tenía una nuez y se la metía en la boca a los clientes de cachetes hundidos que debía afeitar. A la par de su salón, en la esquina —hoy Garibaldi y Juan de la Piedra— había construido un edificio posiblemente para alquilar, ideal para un hospedaje. Allí se avizoraba el futuro de la familia.

¹⁰ Localidades y parajes situados entre San Antonio Oeste y Pilcaniyeu (Río Negro), meseta de Somuncurá, comunicadas por el ferrocarril ramal General Roca.

Aquel edificio poseía una sala-comedor amplio, de gran atractivo, con una cocina central pequeña en planta baja y cinco habitaciones en planta alta, cada una con su balcón. Puertas y ventanas con vidrios repartidos en todos sus espacios permitía que la luz del sol se adueñara de los rincones. El sótano, era ideal para conservar las facturas¹¹ o chacinados y otros alimentos por largo tiempo.

Ella, excelente cocinera y él visionario, analizaron el entorno y las posibilidades que les ofrecía. ¡Sus ojos claros se iluminaron! Surgió así la idea, que se convirtió en el proyecto que los mantuvo hasta sus últimos días. Alquilaron el lugar a don Montes de Oca para dar nacimiento a «El Ferroviario, Hotel y Restaurante».

El Ferroviario, Hotel y Restaurante

La llegada de «El Ferroviario, Hotel y Restaurante» en 1942 consolidó una imagen diferente para Carmen de Patagones.

Ubicado en un lugar estratégico, en la esquina frente a la estación, se dejaba ver en lo alto, sobre la doble puerta de la ochava, la leyenda prolijamente escrita en letra imprenta mayúscula con pintura negra sobre la pared blanca «Hotel y restaurante El Ferroviario». Sumada a su atractiva estética, la cálida y familiar atención logró atraer de inmediato a clientes que luego de horas severas de trabajo o de un fatigoso viaje deseaban callar el estómago, descansar sus cuerpos y reponer energías.

El hotel contaba con cinco habitaciones en planta alta. La mayor se ubicaba en la esquina. Tenía once plazas en total. En una de las habitaciones de planta baja, Juana ofrecía el servicio de peluquería para damas, la única del sector. El restaurante era atendido por Catalina y con ella colaboraba una empleada de limpieza.

Doña Catalina hacía magia culinaria en aquel pequeño espacio, pintado de un color amarillo intenso que, a través de dos aberturas en la pared, de unos 40 cm por 50 centímetros, permitían la comunicación

11 Facturas o chacinados: embutidos caseros tales como salamines, morcillas, jamón crudo y otras preparaciones con carne preferentemente de cerdo.

entre ella y quienes estaban en el salón comedor de unos 30 metros cuadrados. Por allí los platos iban y venían.

En la cocina a leña elaboraba sabrosas comidas elegidas según las sugerencias de comensales y huéspedes. La habilidosa doña Catalina había logrado combinar recetas criollas, italianas y españolas con las ruso-alemanas que debió aprender apresuradamente.

Al poco tiempo de la inauguración entrar al salón comedor era recorrer distintos países. Los aromas que inundaban el lugar y se escapaban por puertas y ventanas llegando a la calle, daban cuenta de ello. Huéspedes y parroquianos se maravillaban. La voz se echó a correr.

Comentaba Nelly Delucchi de Reser:

el alemán hace todo en base de leche y muchos de los clientes que llegaban allí, ferroviarios, viajeros y lugareños, eran criollos. Entonces, no podían hacer comida alemana constantemente. Los Reser tenían que adaptarse a sus ventas y ofrecerles la comida solicitada por aquellos, principalmente carnes asadas a la parrilla en el patio o guisos, pocas ensaladas de verduras verdes... En el invierno facturaban y todo lo guardaban en el sótano como así también el vino en damajuana comprado en los almacenes de ramos generales¹². En esos comercios la gente que venía de las colonias a comprar encontraba todo lo necesario para cubrir sus necesidades. Estaban las casas Pozzo Ardizzi, Malaspina, Llano, y otras.

A la hora de los desayunos y meriendas no faltaban los tazones de loza blanca decorados con espigas de trigo llenos de café, mate cocido, cascarilla con o sin leche y acompañados de der Kreppel¹³, Bretzel¹⁴, Riwwelkuchen, el Apfelstrudel¹⁵ entre las tortas fritas criollas y los bu-

12 Almacén de ramos generales, grandes comercios que vendían comestibles sueltos, indumentaria, telas, bazar, zapatillería, blanco y toda mercadería necesaria para cubrir las necesidades de sus clientes.

13 Der Kreppel masa hojaldrada frita, dulce o salada, sin o con relleno, servida a la hora del té o como entrada respetivamente.

14 Bretzel, rosquilla trenzada, dulce saborizada con limón, horneada. Consumida a fin de año simboliza el deseo de buena suerte para el siguiente.

15 Apfelstrudel o Strudel, arrollado de masa filo rellena con manzanas ácidas, canela, pasas de uva, frutos secos, manteca y azúcar

ñuelos de manzanas. Quedaban para las navidades las típicas galletitas Plätzchen¹⁶ y los Stollen¹⁷.

Los comensales podían degustar y verse satisfechos con platos fuertes criollos, hechos con abundancia de carnes y con salsas picantes y con pastas caseras o polenta para aminorar el frío y recobrar fuerzas. También podían saborear el asado¹⁸ a la parrilla realizado por don Estanislao en el patio o podían degustar comidas alemanas como chucrut, queso de cerdo¹⁹, los Maultaschen²⁰ o los Warenikes²¹, la sopa Schnitzsuppe²², el Fülßen. En cada mesa no faltaba el tradicional pingüino cargado de vino acompañado por un sifón de soda de vidrio y cabeza de plomo.

Entre ollas y sartenes, entre la cocina de leña humeante y las pavas de agua hirviente para el lavado de la vajilla, transcurrían los días.

Aun así, había tiempo para reuniones familiares como esa donde siempre encontraban a don Estanislao sentado en la cabecera de la mesa y a su derecha doña Catalina o una caminata por la costa para mostrar a sus visitas el maravilloso río Negro.

Aquella esquina se había convertido en el lugar de reuniones obligatorias para los vecinos varones. Allí escuchaban la radio ubicada sobre un extremo del mostrador y se enteraban de las últimas noticias del país y del mundo, generándose interesantes intercambios de opiniones.

Entre tantos acontecimientos importantes vivenciados en aquellas paredes podemos mencionar los últimos años de la Segunda Guerra Mundial. Varios de los presentes tenían familiares en los países que

16 Plätzchen, galletitas de navidad, horneadas con formas diversas para adornar arbolitos o mesas y tomar con té o café.

17 Stollen, pan dulce con pasas, frutas secas y especias.

18 Asado, carne de ovino o vacuno cocinada al fuego de leña sobre parrilla o al asador o cruz, condimentada con sal y un preparado acuoso de sal, ajo, ají molido y otras especias.

19 Queso de cerdo, preparación salada gelatinosa condimentada en base a articulaciones, orejas y otras menudencias de cerdo.

20 Maultaschen, pasta rellena con ricota, hervida y servida con crema de leche y sobrecubierta de cebolla finamente cortada y rehogada más pan rallado tostado. Existen variantes como el agregado en el relleno de manzanas ácidas y uvas pasas; o servidos sobre sopa.

21 Warenikes, preparación base con puré de papas. Pueden llevar un relleno de panceta.

22 Schnitzsuppe, sopa preparada en base a crema y duraznos deshidratados servida caliente.

participaban de la misma por ello se congregaban a escuchar la transmisión por radio. Don Estanislao había desplegado celosamente sobre la mesa un gran mapa de Europa, que muy probablemente fuera de su abuelo, sobre el que marcaba las ubicaciones y las trayectorias de los bandos. Todos alrededor de esa podían vivenciar aquellos enfrentamientos. La duda sobre los parientes en el frente de guerra o en los poblados no permitía la charla, rígidos y expectantes, los ojos desorbitados y los rostros empalidecidos daban cuenta de las preocupaciones. Los corazones aceleraban sus ritmos. El sudor frío corría por sus cuerpos provocando escalofríos. Algunas lágrimas permanecían escondidas y la ansiedad iba en aumento.

Los niños no estaban al margen de eso: se mostraban interesados por aquel despliegue, cuasi una clase de táctica y estrategia a la distancia. En aquel momento se decía que «en conversaciones de mayores no debían meterse» ya que «cuando un mayor habla los chicos se callan»; esos momentos históricos quedaron grabados en la memoria de al menos un niño, el hijo menor del matrimonio, Ricardo, quien lo recordará aun de adulto.

Otros acontecimientos importantes vivenciados en el hotel restaurante a través de audiciones radiales fueron los sucesos de junio y septiembre de 1955 durante la presidencia de Juan Domingo Perón.

El 11 de junio de 1955 se celebraba Corpus Christi. Estanislao escuchaba la radio cuando se anoticia de lo sucedido en Buenos Aires. Nuevamente el salón se pobló con los vecinos deseosos de saber qué pasaba en la capital. Allá la peregrinación de católicos se había transformado en enfrentamiento entre una parte de la sociedad y la Iglesia.

A don Estanislao y doña Catalina los embargó la intranquilidad. Allí vivían dos de sus hijos, María Rosa con su familia y el hijo menor, Ricardo, realizando el Servicio Militar Obligatorio en El Palomar.

Los informativos radiales del jueves 16 dejaban saber que sobre el mediodía una multitud se había convocado en Plaza de Mayo para presenciar el desfile aéreo previsto. Niños y adultos se sombreaban la frente buscando en el cielo aquellos aviones. A las 12.40 horas los divisaron en el horizonte. Poco duró la alegría. No hubo desfile sino una lluvia de bombas sobre ellos y la Casa de Gobierno. Pretendían matar al presidente. El júbilo de los porteños se transformó en mares de lágrimas y sangre que recorrieron el país.

En «El Ferroviario» la atmósfera se espesó, enmudecieron hasta las paredes. Sus lágrimas cual goteo de los cristales de las ventanas se

deslizaban por sus rostros. Nada sabían sobre sus hijos y nada podían hacer. Solo esperar con fe. La desesperación los atormentó. Algunos parroquianos corrieron a sus casas a alertar sobre lo sucedido, otros a la plaza central frente a la parroquia y a la Municipalidad donde se rumoreaba el fin del gobierno democrático.

Septiembre llegó y una vez más la radio no emitía la novela de costumbre que escuchaban a diario. Ahora la transmisión se cortaba y se informaba que, tres meses después de aquel fatídico 16 de junio, se concretaba el golpe de Estado bautizado como «Revolución Libertadora».

La desesperación volvió a apoderarse de ellos. Aún no tenían noticias de su hijo que había sido trasladado a otra base al sur del país. En «El Ferroviario» las dudas de su situación aumentaban con el correr de los días. La angustia se apoderaba de doña Catalina. Pero a pesar de ese estado emocional, prepararía los desayunos y los almuerzos conteniendo el llanto, entre ollas y sartenes con la compañía de su loro Pepe. La cocina era su refugio en los últimos meses. El de Estanislao, el sótano. Allí iba con la excusa de guardar las compras, acomodar la mercadería o buscar lo solicitado. Aunque como ferviente creyente, sabía que su hijo estaba al cuidado de Dios. Encontraba un descanso en el Tiro Federal 7 de marzo, del cual era integrante y participante de torneos. El matrimonio solía distenderse jugando al billar en el Club Jorge Newbery.

En esos años, el Servicio Militar Obligatorio duraba dos años, pero quienes eran necesarios por sus conocimientos quedaban retenidos por más tiempo. Ricardo pudo comunicarse con su familia poco tiempo después de la interrupción del gobierno democrático.

Por aquellos días los trenes comenzaban a disminuir la periodicidad y los negocios, su clientela. Había llegado la hora de un nuevo medio de transporte: el camión de carga. Esto era preocupante —no solo para los trabajadores del Ferrocarril— sino también para la actividad comercial de alrededores. Así lo recordaba Jorge Pardal:

Nuestros pueblos vivían del ferrocarril, imagínate el personal de conducción, de correos, el guarda que compraba las revistas, diarios, el hombre del campo iba porque sabía que le habían tirado el paquete de encomienda; el que vendía pollos, huevos, pavos. Se compraba a mejor precio, la gente vivía con lo que vendía en el tren

A finales de la década del 50 don Estanislao adquirió un coche y se dedicó al servicio de remisería para complementar los ingresos. Recordaba Nelly Delucchi de Reser:

en El Ferroviario Estanislao se encargaba de hacer las compras, ordenaba y controlaba el depósito de mercadería ubicado en el sótano, preparaba las carnes asadas... ya tenía el taxi lo que les permitía tener otro ingreso porque los clientes estaban disminuyendo

En las postrimerías de la década del 50 comenzaron a ser evidentes las consecuencias del progreso, que trajo beneficios para muchos y angustias para otros. Las locomotoras a petróleo comenzaron a ser reemplazadas por las de diésel, de mayor autonomía y técnicamente más complejas. Paulatinamente se prescindió de los operarios del taller mecánico, del bombeo de agua y manejo del petróleo. En poco tiempo, el personal se redujo a menos de la mitad.

El transporte de personas y de cargas fue inclinándose hacia el uso del automotor, favorecido con el mejoramiento de rutas y apertura de caminos rurales, el nacimiento de las empresas de transporte de ómnibus interurbano como La Puntual y la masificación del acceso al camión. Así, se puso fin a aquellos oficios que demandaban mano de obra como el arreo de ovejas y las tropas de carros al tiempo que el ganado pasó a transportarse en los camiones jaula.

Para fines de los 50', los Reser habían comprado dos terrenos, uno en planta urbana, a escasas cuadras del hotel y otro en el balneario El Cóndor, «La Boca» En ambos, sus hijos Jorge y Ricardo les construyeron las viviendas.

Habían trabajado toda una vida con el sueño de arraigar en zona rural para continuar con la cultura heredada pero el destino o su Dios hizo que fuera en la urbe. La tierra urbana era más accesible que la rural.

Esta familia y sus descendientes, al igual que otras del mismo origen, decidieron por necesidad vital cambiar su fuente de ingresos. Las mujeres se casaron y se dedicaron al cuidado de sus hijos: Feliciano en Tucumán, María Rosa en Buenos Aires, Juana, quien además continuó con su oficio de peluquería, en Carmen de Patagones. De sus hijos mayores, Jorge se dedicó al comercio y a otras actividades; Hipólito, que a los 15 años se había enrolado en la Marina, al regresar incursionó en el comercio y, Ricardo se desempeñó como empleado administrativo. Jorge e Hipólito, continuaron en el Tiro Federal 7 de marzo, fueron directores de este y crearon la escuela de tiro.

Llega 1960 y el cierre de una etapa en «El Ferroviario». Deciden retirarse a descansar. Nos decía Nelly Delucchi de Reser: «la vida de mi suegra fue una vida de diablos, primero trabajar en el campo, arar... y

acá fue a cocinarse la panza...». Con el hijo menor pudo viajar y conocer otros lugares, recrearse, divertirse, vivir

Luego de una vida de trabajo duro, Doña Catalina tenía un último sueño: conocer a su nieta, hija de su hijo menor. Así lo hizo, fue un 14 de febrero de 1966. El 10 de marzo de ese año, luego de una alegre cena en casa de su hijo menor, se despidió. En horas de la madrugada se su corazón decidió descansar para siempre. Con 66 años, don Estanislao continuó con el taxi, asistiendo a misas y participando del Tiro Federal como lo hiciera durante varios años junto a sus hijos varones. Falleció, rosario en mano, el 11 de julio de 1971 luego que una enfermedad lo llevó a permanecer en cama varios días. Ambos yacen en un mismo nicho en el Cementerio Municipal de Patagones. Juntos en la vida y en la muerte.



Foto 3. Mesa familiar, año 1963, Carmen de Patagones. La ubicación de los integrantes de la familia sentados a la mesa se reiteraba en cada una de las comidas, por norma o tradición. Don Estanislao, en la cabecera; a su derecha, con anteojos, doña Catalina; a su izquierda, los hijos varones, del mayor al menor, Jorge, Hipólito, Ricardo, finalizando con la hija menor, Felicianita. En frente, con pulóver claro, la hija mayor, Juana. Sin haber podido confirmar el día y el mes preciso y, estimando la edad del menor de los nietos, arriesgamos a considerar la posibilidad de que haya sido en ocasión de la visita de la hija menor, Felicianita, en coincidencia con el cumpleaños de Estanislao, el 7 de mayo.

PALABRAS FINALES

Luego de varios meses de trabajo hemos logrado elaborar este documento que permite completar los espacios vacíos de la historia de los Alemanes del Volga en nuestro país, pero fundamentalmente, de los residentes en el partido de Patagones. También nos permite honrar la memoria de quienes contribuyeron a enriquecer la cultura local, establecer pautas para el trabajo responsable y ordenado, resaltar el valor de la palabra, fortalecer la fe religiosa, las tradiciones como el arte culinario, el canto, la música y la danza.

Actualmente, los descendientes de aquellos inmigrantes se sienten orgullosos de serlo, recuerdan y agradecen a sus antepasados las enseñanzas impartidas. En la comarca un grupo de ellos se empeña en recuperar la lengua en sus distintos dialectos y las tradiciones mencionadas a través de talleres.

Como documentadores, localizamos vecinos testigos y protagonistas del período y ámbito geográfico estudiado. Este recorrido despertó el interés por contar sus vivencias, lo que nos permitió recuperar fragmentos de esta historia, develando la trayectoria de vida de la colectividad para ponerla al alcance de la comunidad.

Valió la pena nuestro esfuerzo porque nos permitió indagar sobre situaciones pasadas, reconociendo aquellas que enriquecen nuestra cultura identitaria y que nos permiten avizorar el futuro del Sudoeste bonaerense. Nuestros abuelos cruzaron medio mundo con sueños de construir una Patria y podemos decir que, a pesar de todas las dificultades y prejuicios hacia ellos, lo lograron. Aunque no todos accedieron a la tierra prometida, sí pudieron vivir en paz.

BIBLIOGRAFÍA

- Abel J. L. (2007). *Peronismo y trabajadores en el Partido de Patagones según la visión de La Nueva Era 1943-1948*. Disponible en <http://cdsa.academica.org/000-108/984.pdf>
- Balsa, J. (2006). *El desvanecimiento del mundo chacarero*, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- Bustos Jorge A., (2012). *Stroeder; la cultura de la voluntad. Impresión artesanal del Museo Histórico Regional Emma Nozzi*, Carmen de Patagones, Buenos Aires.
- Bustos Jorge A., compilador, (2012). *Voces del norte de la Patagonia (1860-1950). Testimonios registrados por Emma Nozzi*. Imprenta Minigraf, Carmen de Patagones, Buenos Aires.
- Carlovich, R. (1993). *Stroeder, 80 años de historia, 11 de noviembre 1913 – 1993*.
- Fernández A. (2017). *La ley argentina de inmigración de 1876 y su contexto histórico*. Disponible en <http://www.scielo.br/pdf/alm/n17/2236-4633-alm-17-51.pdf>
- Gelman J. (2011). *Argentina. La construcción nacional tomo II*. Editorial Taurus, Perú.
- Graciano O. y Olivera G (coords.) (2015). *Agro y política en Argentina 1943-1955 tomo II*. Ediciones Ciccus, Buenos Aires.
- Gutiérrez R. y otros, (1998). *Hábitat e inmigración en nordeste y Patagonia*. Instituto de Investigaciones Geohistóricas, CONICET, Buenos Aires.
- Gutierrez T.(2009). *Agro pampeano y roles familiares en la década de 1960. Mundo Agrario, 10(19)*. Disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3897/pr.3897.pdf
- Iannarelli M. E., Luna I., (2011). *Stroeder cuenta sus vivencias*. Imprenta Minigraf, Carmen de Patagones, Buenos Aires.
- Langbehn R. (2017). *Los alemanes en la Argentina*. Editorial Biblos, Buenos Aires.

- Martínez de Gorla D. N., (1993). *Situación de las tierras fiscales de Patagones: un estudio de economía rural*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- Martínez M., (2013). *Los pueblos del desierto, conquista y urbanización del territorio de La Pampa, Argentina (1879–1930)*. Disponible en file:///C:/Users/Admin/Downloads/68-Texto%20del%20art%C3%AD_culo-224-1-10-20170301.pdf
- Minetto J. (2008). *Por la señal de la cruz: inmigración y colonias alemanas del Volga en La Pampa*. Presentado en 3º Jornadas de Historia de la Patagonia, 6 al 8 de noviembre San Carlos de Bariloche. Recuperado en <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/minetto.pdf>
- Peinemann N. (1997). *Notas sobre la colonia alemana Monte La Plata*. Trascender ediciones, Bahía Blanca, Buenos Aires.
- Ruffini M. (2000). *Estado provincial, tierra pública y poder político en Carmen de Patagones 1904–1912*. Revista de Historia 8, Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén.
- Sánchez de Festa, E. (1991). *La colonización agrícola en La Pampa (1900–1940)*. Fondo Editorial Pampeano, La Pampa.
- Schwerdt H. y Melchior J. (1997). *Antiguas tradiciones de los alemanes del Volga*. Edición de los autores.
- Sarramone A. (1997). *Los abuelos alemanes del Volga*, ed. Biblos, Azul, Buenos Aires.
- Weinberg F. (dir.) (1988). *Historia del Sudoeste Bonaerense*. Plus Ultra, Buenos Aires.

Fuentes inéditas

- Museo Histórico Regional Emma Nozzi, Stroeder en el marco del proceso de desarrollo territorial y agrario del Partido de Patagones (1880–1960). Documento interno.

Museo Histórico Regional Emma Nozzi, partido de Patagones. Anillado N° 6. Documento interno.

Periódico La Nueva Era. Disponible en Museo Histórico Regional Emma Nozzi, Carmen de Patagones, Buenos Aires.

Periódico El Atlántico. Disponible en biblioteca Rivadavia, Bahía Blanca, Buenos Aires.

Fuentes orales y año de entrevista

María Rosa Reser, 2019

Nely Delucchi de Reser, 2019

Marcelo Rossio, 2019

René Ibáñez, 2019

Dora Meli, 2019

Teresa Klobertanz, 2013 y 2019

Jorge Pardal, 2013 y 2019

Margarita Khols, 2015

Arturo Khols, 2015

Lea Schroeder, 2015

Luis René Guerrero, 2014

José Graff, 2014

Rosa Engraf, 2014

Esteban Schenfelt, 2013

Julio Baleón, 2013

AGRADECIMIENTOS

Mayra Q. Chamorro, autora retrato de la chata rusa y Reser. Nieta de Ricardo Reser y bisnieta de Estanislao Reser.

Mario Reser, hijo de Jorge Reser, nieto de Estanislao Reser.

Hugo Reser, hijo de Hipólito Reser, nieto de Estanislao Reser.

Carlos Reser, hijo de Hipólito Reser, nieto de Estanislao Reser.

Mg. Daniel Welschinger, por su colaboración en la corrección, Director de Fondo Editorial Rionegrino.

Lic. Jorge A. Bustos, por su aporte en contenido histórico, Director del Museo Histórico Regional Emma Nozzi.

Lic. Leonardo Dam, por su aporte en contenido histórico.

Ailén Saralegui, por el tratamiento digital de fotografías y colaboración en la corrección.

Alejandro Fabián Rost, por su participación en la corrección, ahijado de Ricardo Reser.

Nelly Delucchi de Reser, por material documental.

Asociación Germanos de la Comarca.

A los entrevistados mencionados precedentemente.

A la Universidad Provincial del Sudoeste que permitió a través del Concurso Historias del Sudoeste Bonaerense la posibilidad de dar a conocer la narrada.

